

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

¡EL CAMPO!

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO POR

EUSEBIO SIERRA.



MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1886.

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

¡EL CAMPO!

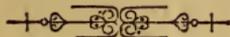
JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO POR

EUSEBIO SIERRA

Estrenado en el teatro de Variedades de Madrid el 30 de Noviembre de 1885.



MADRID
Sevilla, 14, principal.

—
1886

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ENRIQUETA.....	Señora	Espejo.
PILAR.....	»	Rodriguez (L.)
FELIPA.....	»	Rodriguez (A.)
GREGORIO.....	Señor	Luján.
EDUARDO.....	»	Ruesga.
SATURNINO.....	»	Lastra.
POLICARPO.....	»	Portes.
ROQUE.....	»	Sánchez.
JUAN.....	»	Muñoz.

La acción pasa en una aldea de la provincia de Santander.
Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración lírico-dramática perteneciente á D. Eduardo Hidalgo son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

La escena representa el jardín de una casa de campo. A la derecha la casa. Al foro una calle que se supone conduce á la puerta principal. Á la izquierda macetas, mecedoras y sillas rústicas en desorden.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA, PILAR y GREGORIO.

- GRE. Nada, ya lo véis; temperatura agradable y sol espléndido; esta es primavera y no la de Madrid.
- ENR. Ya era hora de que amaneciese un día bueno.
- PIL. Sí; llevamos tres meses de prueba. Yo nunca tuve gran afición á la vida campestre; pero, aun teniéndola, la hubiera perdido ahora.
- GRE. ¿Por qué?
- PIL. Porque me aburro soberanamente.
- GRE. No; si es mucho más divertida la vida de Madrid.
- ENR. Ya lo creo.
- GRE. ¿También tú?
- ENR. Pero, hombre, ¿á quien se le ocurre venir á vivir al campo en el mes de Enero?
- GRE. A mi y á cualquiera que tenga buen gusto; además, yo, para trasladarme á este pueblo, no preferí ese mes á otro... Sabéis que he pasado tantos años en Madrid, aborreciéndole cada día más, y

que me hubiera muerto de pesadumbre á no haberme alentado la esperanza de reunir una fortuna que me permitiera pasar en el campo los últimos años de mi vida... Pues bien, ¡al fin realicé mi sueño dorado! En Diciembre me encontré dueño de un capitalito decente, y enseguida tras pasé mi establecimiento de curtidos y os traje á gozar de esta hermosa vida campestre.

- ENR. Sí, después de prometernos que nos llevarías cerca del mar.
- GRE. Y qué ¿no lo he cumplido?
- PIL. Papá, si desde aquí al mar hay ocho leguas.
- GRE. Luego estamos más cerca de él que en Madrid... de todos modos, lo que yo quería era vivir tranquilo, entre gentes honradas y sencillas, y eso no puede ser más que en la aldea.
- ENR. Sí... acuérdate del susto que nos dieron hace quince días, la noche que trataron de robarnos.
- GRE. Precisamente ¿quiénes fueron los ladrones? Pues gentes de la ciudad...
- PIL. Y hace dos meses ¿quién te dió una pedrada en un ojo que por poquito te deja tuerto?
- GRE. ¡Ah! Un chico, pero sin intención; no me tiraba á mí...
- ENR. ¡Y no hablemos de las cantidades que tienes que prestar!... Esta mañana te vi hablando en la carretera con el tío Jeromo ¿á que te pidió dinero?
- GRE. ¡Bah! Una futesa .. ochenta duros... Figuraos que al pobre se le ha muerto su única vaca y que se han quedado sin leche dos becerrillos hermosos que constituyen toda su fortuna... naturalmente ¿qué había de hacer yo? Le he prestado esa cantidad para que los busque una nodriza. ¡Y cómo me lo agradeció! ¡Con qué emoción me decía: Gracias, don Gregorio, usted es el segundo padre de esos pobres animalitos!
- PIL. ¡Qué barbaridad!
- ENR. Y para ayuda de males y hacernos perder toda

esperanza de salir de este pueblo ¿insistes en que te elijan alcalde?

GRE. ¡Vaya!... Y según mi excelente amigo don Policarpo...

ENR. ¡Valiente tuno!

GRE. Enriqueta, que hablas del primer elector del ayuntamiento.

ENR. Sí, y el primer tunante. Continúa.

GRE. Pues nada, que tengo asegurada mi elección...

Ya ves ¡alcalde! ¿Cuándo lo hubiera sido en Madrid? Nunca; porque allí ni se reconoce ni se premia el mérito...

PIL. Bien, pero ¿y á qué viene la recepción de esta tarde?

GRE. Pues viene á que quiero conocer á mis vecinos y que ellos me conozcan. Como aquí vivimos tan distantes unos de otros, con el cebo de la fiesta atraigo la gente á la reunión electoral que se celebrará esta noche...

PIL. Pues mira, que nos vamos á divertir entre tantos desconocidos.

GRE. Ya lo creo que os divertiréis; se bailará ahí afuera; he contratado dos violines...

ENR. Sarasate y Monasterio...

GRE. Sí, puede que sean esos; no los he preguntado cómo se llaman.

ENR. Voy á que arreglen el jardín del mejor modo posible.

GRE. Sí, sí; á ver si deslumbras á la reunión.

ENR. Hasta luégo. (Entra en la casa.)

ESCENA II.

PILAR y GREGORIO.

GRE. ¡Voy á dar un golpe magnífico! Con que, hija mía, prepárate, porque te vas á divertir mucho.

PIL. No lo espero.

- GRE. Porque serás muy descontentadiza... Yo no sé qué quieres... Enriqueta te ama como si fuera tu madre; yo no hay que decir, y los dos te complacemos en todo...
- PIL. Sin embargo, me falta algo...
- GRE. Ya lo sé, y precisamente esta tarde me parece que vas á encontrar eso que te falta.
- PIL. ¡Cómo! ¿Qué dices?
- GRE. ¿Crees tú que yo soy tonto? ¿Piensas que no he comprendido hace tiempo que Saturnino te ama?
- PIL. ¡Ah! ¿Crees?
- GRE. Estoy seguro de ello... Y para que veas hasta qué punto llevo mi cariño hacia tí, si me pide hoy tu mano se la concederé; el chico me agrada...
- PIL. Me alegre. Lo malo es que no me agrada á mí.
- GRE. ¡Pilar!
- PIL. ¡Es tan zafio!
- GRE. No; di que es un inocente.
- PIL. ¡Y tan poco fino!
- GRE. Porque es sincero; no dice más que lo que le sale de dentro.
- PIL. Entonces debe tener el cuerpo lleno de sandeces, porque de dentro no le sale otra cosa.
- GRE. ¿Qué sabes tú, bachillera?
- PIL. Sé que no he podido olvidar á Eduardo.
- GRE. ¡Cómo! ¿Todavía te acuerdas de aquel mequetrefe, sin oficio ni beneficio?
- PIL. ¿Sin oficio? ¡Si es abogado!
- GRE. Bien; pero como abogados lo son casi todos los españoles, el ser eso es como no ser nada. Por fortuna, él parece que te ha olvidado...
- PIL. (Sí, en eso piensa.)
- GRE. Puesto que desde que salimos de Madrid no ha vuelto á dar señales de vida, y tú haces muy mal no pagándole en la misma moneda.
- PIL. ¡Si le entregué mi corazón!
- GRE. ¡Cómo! ¿Y quién le manda á usted entregar nada sin permiso de su padre? Pues hasta ahí podía-

mos llegar... ¡Ah! ¿Y no le entregaste más que el corazón?

PIL. Y un rizo.

GRE. Bien; tienes pelo abundante... Pues que se contente con eso, porque lo que es tu mano será para Saturnino. Es mi resolución irrevocable...

PIL. (Llorando.) ¡Qué desgracia! (Se va hacia la casa.) (¡Y Eduardo que debe llegar de un momento á otro!) (Mutis.)

ESCENA III.

GREGORIO.

¡Se va llorando!... ¡Bah! Ya se le pasará... Es dócil y la convenceré... ¡Ah! ¡Qué dicha! ¡Qué hermosura! Y sobre todo ¡qué paz!

ESCENA IV.

GREGORIO y FELIPA que sale de la casa.

FEL. La señora me manda á decirle á usted que suba un momento.

GRE. Voy allá. (Vamos á ver; y estas criadas tan frescas y tan guapotas ¿las hay en Madrid?) ¡Ay, Felipa!

FEL. ¿Qué se le ofrece á usted?

GRE. Pues... nada, nada. (¡Aparta tentación!)

FEL. Como me ha dicho usted así de esa manera ¡ay, Felipa! creí que le dolía á usted algo...

GRE. No; no me duele nada (Se va.)

FEL. Pues me alegro.

GRE. (Volviendo.) Mira, Felipa, te voy á dar un consejo; cuando encuentres un mozo en el camino, échate á un lado.

FEL. ¿Por qué?

- GRE. Porque... porque te puede hacer así... (La abraza.)
 FEL. ¡Estese usted quieto!
 GRE. No, tonta; si es para decirte á lo que te expones.
 FEL. Si, ya lo sé; pero cuando un hombre me haga eso...
 GRE. Sí esto... (La vuelve á abrazar.)
 FEL. Le haré yo estotro (Le pega una bofetada.)
 GRE. ¡Cáspita!
 FEL. No, si no ha sido más que para decirle á usted lo que haré.
 GRE. ¡Tienes una manera de señalar!
 FEL. Como usted; lo mismo.
 GRE. Esta bofetada es la novena.
 FEL. Y no será la última.
 GRE. ¡Desagradecida!
 FEL. Que le está esperando á usted la señora...
 GRE. ¡Ah, sí, verdad! Hasta luégo...
 FEL. ¡Vaya usted con Dios!
 GRE. (Pero ¡qué efecto me hace el campo! Yo que en Madrid jamas había mirado á una criada, ahora...) (Mutis.)

ESCENA V.

FELIPA y JUAN.

- JUAN. ¡Hola! *Paece* que te llevas bien con el señor.
 FEL. ¿Yo?
 JUAN. Os he *estao* mirando desde allí...
 FEL. ¿Y qué?
 JUAN. Pues *naa*, que he *conocio* que le quieres.
 FEL. (Remedándole.) ¿Y en qué lo has *conocio*?
 JUAN. ¡Toma! En que le has *arrimao* una *bofetaá*; ¡me *paece* que más prueba!
 FEL. ¡Qué borrico eres!
 JUAN. Sí, borrico... ¿A qué no me pegas á mí?
 FEL. ¿Que no? ¡Toma! (Le pega.)

- JUAN. ¿Lo ves? (Muy triste.) Al amo le pegaste mucho más fuerte.
- FEL. ¡Mejor para ti!
- JUAN. ¡Quiá! Si tú me quisieras como yo te quiero me hubieras *echao* ahora dos dientes fuera.
- FEL. ¡Qué gagnápiro!
- JUAN. Pues en eso se conoce si se tiene ó no *querencia* á una *presona*.
- FEL. Es que yo ya te he dicho muchas veces que no me peino para ti.
- JUAN. No importa; yo te tomaría aunque fuese *despeinaa*.
- FEL. Pero ¿no sabes que tengo relaciones con otro?
- JUAN. ¿Con don Saturnino? ¡Qué tonta eres! Si todo el pueblo dice que don Saturnino se va á casar con la señorita.
- FEL. ¿Con la señorita Pilar?
- JUAN. Sí.
- FEL. ¡Dios mio! ¿Entoncés por eso visita tan á menudo esta casa?
- JUAN. ¡Claro!
- FEL. ¡Y yo que creí que venía por mí!
- JUAN. ¡Vaya un chasco! (Se ríe.)
- FEL. No te rías.
- JUAN. Bueno. (Se queda muy serio.)
- FEL. Pero si eso no puede ser; si me ha dado palabra de casamiento... ¡Ah! no, y se la haré cumplir.
- JUAN. ¿Cómo?
- FEL. No sé; pero se la haré cumplir... Afortunadamente él me conoce y sabe de lo que soy capaz... Por sus amores perdí mi colocación en casa de su tía; pues no hay remedio; me tiene que indemnizar...
- JUAN. No des un escándalo...
- FEL. Si hace falta, daré una docena... Y el asunto se ha de ventilar hoy mismo... ¡Infame! ¡Portarse así después de lo que ha pasado entre nosotros!
- JUAN. ¿Pues qué ha pasado?
- FEL. Lo que á usted no le importa. (Se mete en la casa.)

JUAN. ¡Bueno! ¡Bueno!... (Se va hacia la izquierda.) ¿Qué pasaría? (Mutis.)

ESCENA VI.

EDUARDO, después PILAR.

- EDU. (Saliendo por el foro.) Pues señor, indudablemente se prepara aquí una fiesta... y, sin embargo, no he hallado alma viviente por ninguna parte... tendré que llamar en la casa... ¡Ah! ¡Se abre la puerta!... (Aparece Pilar.) ¡Qué fortuna!... ¡Pilar!
- PIL. ¡Eduardo!
- EDU. ¡Bendita sea mi suerte que tan pronto te coloca en mi camino!
- PIL. ¿Cuándo has llegado?
- EDU. Hace un instante; me ha faltado tiempo para venir á verte.
- PIL. ¡Con cuánta impaciencia te esperaba!
- EDU. ¿Sí?
- PIL. Y eso que he de darte muy malas noticias.
- EDU. ¡Qué! ¿Sigue tu padre oponiéndose á nuestra boda?
- PIL. Con más tenacidad que nunca. Y no es eso lo peor; lo peor es que quiere casarme con un lugareño.
- EDU. ¿Qué dices?
- PIL. Apenas hará un cuarto de hora que me lo ha comunicado.
- EDU. Pero ¿por qué le inspiro tanta aversión?
- PIL. Porque eres madrileño.
- EDU. ¿Y qué culpa tengo yo? ¿Cree tu padre que me preguntaron dónde quería nacer?
- PIL. Además, tu carrera le es muy antipática; dice que defiendes á ladrones y asesinos.
- EDU. Pues está en un error, porque sólo he defendido en toda mi vida á uno, y ese inocente...
- PIL. ¿De veras?

- EDU. ¡Y le ahorcaron!... ¡Conque mira si tendré tranquila la conciencia!
- PIL. Ya lo creo.
- EDU. Eso sin contar que he abandonado el foro y que soy empleado de la nación; oficial séptimo de la clase de quintos.
- PIL. ¿De quintos? ¡Qué! ¿Te ha tocado soldado?
- EDU. No, hija, no.
- PIL. ¡Ah! Pensé...
- EDU. Con que es preciso que tu padre conozca mi nueva posición.
- PIL. Se la diremos enseguida, y ¡quién sabe! puede que se humanice... Por de pronto, seguimos contando con el apoyo de mi madrastra.
- EDU. Ya me lo figuro... ¡Ah! Te advierto que vengo resuelto á todo, y que si tu padre continúa en sus trece... (Abrazándola.) Nada, mientras tú me quieras, te aseguro que no nos separará nadie...

ESCENA VII.

DICHOS y GREGORIO.

- GRE. (Saliendo de la casa y viéndolcs.) ¡Perfectamente! ¡Perfectamente!
- PIL. ¡Mi padre!
(Se separan con rapidez. Eduardo queda de espaldas.)
- EDU. ¡Nos partió!
- GRE. (A Pilar.) ¿Quién es ese hombre?
- EDU. (¡Si me tragara la tierra!)
- GRE. ¿Quién es ese atrevido?
- EDU. (Yo me largo.) (Le toca Gregorio en el hombro.) ¡Ay!
- GRE. ¡Caballero!
- EDU. (Volviéndose y con afectada amabilidad.) Señor don Gregorio... mi querido don Gregorio...
- GRE. ¡Eduardo!
- EDU. El mismo... No le había visto á usted.
- GRE. ¿Qué hace usted aquí?

- EDU. Pues le diré á usted; soy empleado público y he venido á esta provincia con una comisión del Gobierno.
- GRE. ¡Ah! ¿Le manda á usted el Gobierno á que abrace á mi hija.
- PIL. Si no me ha abrazado, papá.
- GRE. ¡Silencio!
- EDU. Me envia á otros asuntos; pero yo he aprovechado el viaje para venir á pedirle á usted la mano de Pilar, á quien adoro.
- PIL. Ya ve usted, y me estaba contando eso.
- GRE. ¡Que maldito lo que te importaba!
- EDU. ¡Don Gregorio!
- GRE. Don Eduardo, insisto en la respuesta que le di á usted hace seis meses en Madrid.
- EDU. Entonces me dijo usted que no tenía posición, y ahora...
- GRE. Sí, ya lo veo, ahora tiene usted una posición vertical... y cuando se acueste la tendrá usted horizontal.
- EDU. ¡Soy empleado del Gobierno!
- GRE. Y yo su enemigo irreconciliable.
- EDU. ¿También del actual?
- GRE. De todos... ¡En España es el medio de no equivocarse nunca!
- PIL. ¡Dios mío!
- EDU. ¿De manera que no me considera usted digno de Pilar?
- GRE. Mire usted, con franqueza, y concluyamos; usted tiene para mí un defecto que no puede corregir.
- EDU. ¿Cual?
- GRE. Que es usted madrileño... Yo quiero para mi hija un hombre puro que haya llegado á la mayor edad sin conocer el amor ni los vicios, y eso no se encuentra en Madrid, donde los chicos van á los bailes de máscaras á los siete años, se enamoran á los ocho y se quieren casar á los doce.
- EDU. Vea usted que me ofende.

- GRE. Hijo de Madrid... *vade retro!* (A Pilar.) Tú te casarás con un hombre como yo.
- PIL. Yo le quisiera más joven.
- GRE. Bueno, más joven, pero de mis circunstancias.
- EDU. Pero ¿de dónde es usted, que se juzga perfecto?
- GRE. ¿Yo, yo?... Pues... de Madrid.
- EDU. Entonces...
- GRE. Pero yo soy una excepción.
- EDU. También yo lo puedo ser.
- GRE. No, señor. ¡Pues no es poco presumido! No faltaría más sino que todos fuéramos excepciones.
- EDU. Pues, don Gregorio, valga por lo que valga, le prevengo á usted que no renuncio al amor de su hija.
- GRE. ¡Ah! ¿Se atreve usted á amenazarme? Verá usted, verá usted qué pronto le pone mi criado de patitas en la carretera.
- EDU. ¿A mí?
(Cuando Gregorio se dispone á llamar se oye dentro la voz de Saturnino.)

ESCENA VIII.

DICHOS y SATURNINO.

- SAT. (Dentro.) Sí, sí; ya le veo.
- GRE. (Deteniéndose.) ¡Ah! ¡Saturnino!... Le salva á usted que no me conviene dar un escándalo en su presencia.
- EDU. Menos mal.
- SAT. (En escena.) Buenas tardes, don Gregorio.
- GRE. ¡Mi querido Saturnino! (Se estrechan las manos.)
- PIL. (A Eduardo.) Este es mi futuro.
- EDU. (A Pilar.) ¡Vaya un tipejo!
- GRE. Pues siento mucho que no pueda venir su tía de usted. (A Saturnino.)
- SAT. (Alargando la mano á Pilar.) ¿Usted tan buena?

- EDU. (Adelantándose y tomándola.) Sí, señor; muy buena, gracias.
- SAT. ¿Eh? (Se retira.) (¿Quién será éste?)
- GRE. (¡Habrá atrevido!) Siéntese usted, Saturnino... y tú, Pilar... (Se sientan.) ¿Usted se retira, eh, don Eduardo?
- EDU. ¡Quiá! No señor... (Se sienta.)
- GRE. (No entiende de indirectas.)
- EDU. Me complace mucho la compañía de ustedes.
- GRE. ¡Gracias! ¡Gracias!... (¡Cómo abusa! Pero le aseguro que ha de pesarle.)
- PIL. (Mi padre va á estallar.)
- GRE. ¡Vaya! ¡Vaya!... Pues siento mucho que no haya podido venir mi buena doña Eduvigis, porque precisamente hoy tenía yo algo importante que decirla.
- SAT. ¡Vea usted qué casualidad!
- (Mira azarado á todas partes durante la escena.)
- GRE. Me habló la semana pasada de ciertos proyectos que usted debe conocer.
- SAT. (Se refiere á mi matrimonio.)
- GRE. Y quisiera saber á qué atenerme.
- SAT. (Él mismo me anima.) Si yo me atreviera...
- GRE. ¡Qué! ¿Usted conoce las intenciones de su tía?
- SAT. Sí, señor.
- GRE. Pues atrévase usted, hombre, atrévase usted.
- EDU. Don Gregorio, si van á tratar ustedes de asuntos íntimos. (Levantándose.)
- GRE. ¿Se marcha usted, eh? Me parece bien.
- EDU. No, no señor, sino que creo que debían dejarlo para mejor ocasión.
- GRE. ¡Hombre, me gusta el atrevimiento!
- SAT. (¿Pero quién será este caballero?)
- EDU. No; yo lo hacía por no enterarme de lo que no me importa.
- GRE. Pues ya sabe usted el remedio.
- EDU. Es verdad...
- GRE. (¡Gracias á Dios!)

- EDU. Procuraré hacerme el distraído ó hablaré aparte con Pilar...
- GRE. ¡Un demonio! (Toma su silla y se coloca entre Pilar y Eduardo.) ¿Conque me preguntaba usted, Saturnino, si le recibiría á usted con gusto como yerno?
- SAT. ¿Eh?
- PIL. ¡Por Dios, papá!
- EDU. Don Gregorio, este caballero no ha preguntado semejante cosa.
- SAT. Esa es la verdad. (Se levantan todos.)
- GRE. (¡Habrás mastuerzo!) ¡Cómo! ¿Se atreverá usted á negarlo?
- SAT. (Asustado.) No, no señor. (¡Si llega á andar Felipa por ahí!)
- GRE. ¿No me ha dicho usted doscientas veces que ama á Pilar.
- SAT. Sí, sí señor. (Pues no me acuerdo.)
- GRE. ¿Y no me ha pedido usted su mano?
- SAT. Sí, me parece que sí... (Se la he pedido sin darme cuenta.)
- EDU. Pero, señor mío...
- GRE. ¡No hay palabra! (Empiezo á ejercer de presidente del ayuntamiento.) Saturnino, deme usted un abrazo.
- SAT. Con mucho gusto. (Le abraza.)
- GRE. Pilar le ama á usted...
- SAT. (Tapándole la boca.) ¡Silencio! Esas cosas se dicen en voz baja, ¿qué necesidad hay de que nadie se entere?
- GRE. Vamos, es usted discreto; así me gusta... Ahora abraza usted á su futura esposa. (Y que rabie el cortesano.)
- SAT. Enseguida, ya lo creo.
- PIL. Pero, papá...
- (Saturnino va hacia Pilar con los brazos abiertos, pero se interpone Eduardo que le recibe en los suyos.)
- EDU. Tome usted; es lo mismo.

- SAT. ¡Qué ha de ser lo mismo! (Pero, señor, ¿quién será este hombre?)
- EDU. (A Saturnino.) Le advierto á usted que Pilar no le ama.
- SAT. Don Gregorio...
- GRE. No le haga caso; te adora; créeme á mí.
- EDU. Que lo diga ella.
- GRE. (A Pilar.) Habla...
- PIL. (A Roma por todo.) Pues bien, es cierto; no le amo á usted.
- GRE. (A Saturnino.) ¿Lo ves?... Digo no... ¡Deslenguada! No la haga caso, Saturnino.
- SAT. Me extraña mucho; pero diciéndolo ella...
- EDU. Además, sepa usted que Pilar me ama á mí, y que antes de casarse con ella se batirá usted conmigo.
- SAT. ¡Caracoles! (Retrocediendo.)
- GRE. (¡Buena ocasión de echármela de valiente!) Me batiré yo.
- EDU. ¿Usted?
- GRE. Sí; yo. (Como soy el padre de la mujer que ama se dejará herir.)
- PIL. Por Dios, Eduardo.
- GRE. Envieme usted sus testigos.
- SAT. Eso, eso; envíelos usted.
- GRE. Y por de pronto, abandone usted esta casa.
- SAT. Así, así... á la calle...
(Se oye hacia el foro ruido de voces.)

ESCENA IX.

DICHOS y POLICARPO.

- POL. ¡Albricias, don Gregorio!
- GRE. (¡Sí, buena ocasión para dármelas!) Amigo don Policarpo...
- POL. Ya tiene usted el jardín lleno de convidados...

No; he dejado de invitar á ninguna persona influyente del distrito.

- GRE. Pues voy allá...
- POL. No, no es necesario; su señora de usted está haciendo los honores de la casa con la amabilidad que la caracteriza. (¡Y que está preciosa!)
- SAT. (Por Pilar y Eduardo.) (Y hablan aparte como si yo no estuviese aquí.) (Dirigiéndose á ella.) Pilar...
- EDU. Dispense usted un momento.
(Lleva á Pilar más lejos y siguen hablando.)
- SAT. (¡Pues hago buen papel!)
- GRE. ¿Y cómo me he de arreglar si no conozco á nadie?
- POL. Yo le iré presentando á ustedes los hombres más importantes.
- SAT. (¡Y la aprieta la mano!) Si ustedes me permitieran....
- EDU. Hombre, no sea usted importuno.
- SAT. (¡Caracoles! Estoy divertido. Pues se lo voy á decir al padre.) Don Gregorio...
- GRE. Déjeme usted en paz ahora...
(Continúa hablando con Policarpo.)
- SAT. (¡Nadie me hace caso! Pero vigilaré...)
- POL. Se quedarán todos á la reunión de esta noche; es cosa convenida.
- GRE. Gracias, gracias por el interés que le merezco, amigo mío.
- POL. (Aquí la bomba.) ¡Ah!... Se me han concluído los cuatro mil reales que usted me dió ayer.
- GRE. ¿Tan pronto?
- POL. Ya sabe usted que estos negocios originan grandes gastos.
- GRE. Sí, ya lo veo... Pero qué ¿es preciso dar dinero á los electores?
- POL. Don Gregorio, usted ofende á los honrados habitantes de este honrado país.
- GRE. Que me perdonen, pero...
- POL. Aquí ningún elector toma un céntimo por su voto...

- GRE. ¡Magnífico!
- POL. Ahora, si el candidato le da á cualquiera una gratificación, la recibe.
- GRE. ¿Y si no se la da?
- POL. Se queda sin ella, pero no vota al tacaño; me parece que esto no es venderse.
- GRE. No, señor; eso es dejarse comprar... Pero, en fin, ya que es preciso, y que está interesado mi amor propio, tome usted, tome usted otros cuatro mil reales.
- POL. (¡Cayó! Ahora no me falta más sino que su mujer me corresponda como espero, y negocio redondo.)
- FEL. (Gritando dentro.) Sí, señor; ya hay muchísima gente.
- SAT. ¡Felipa!
- GRE. ¿Qué es eso?
- FEL. Hace rato que vino; mirele usted en aquel cenador.
- EDU. ¡Buena garganta!

ESCENA X.

DICHOS y JUAN, después ENRIQUETA.

- GRE. (A Juan.) ¿Por qué grita Felipa de ese modo? ¿Se ha vuelto loca?
- JUAN. No, señor; es que está hablando con don Regino el de Ceceñas, que es sordo como una tapia.
(Vase.)
- POL. ¡Ah! Sí; es un hombre á quien hay que hablar con cañón.
- ENR. (Saliendo.) Pero ¿qué hacen ustedes aquí?... Ya está el jardín lleno de gente y va á principiar el baile.
¡Ah! Eduardo. (Se saludan.)
- GRE. Pues vamos allá.
- POL. (Es divina.)

- GRE. (Á Saturnino.) Aproveche usted esta ocasión para ponerse al lado de Pilar. (Se oye la música.)
- ENR. Vaya, que empieza.
- POL. (A Enriqueta.) ¿Será usted tan complaciente que me conceda el primer baile?
- ENR. Con mucho gusto... (Toma su brazo y continúa en voz baja.) Siempre que no insista usted en hacerme el amor.
- POL. (Bajo también.) No insistiré si usted me promete bajar al jardín esta noche cuando salga su marido...
- ENR. (Riéndose.) Cae mucho relente... (¡Canalla!)
- POL. (¡Capitulará!) (Se van por el foro.)
- SAT. Pilar, si usted se dignase...
- EDU. Muchas gracias; está comprometida.
(La toma del brazo y salen.)
- GRE. ¡Cómo se aprovecha el infame de que no quiero escandalizar! Pero pierda usted cuidado; ya nos vengaremos. (Se va.)
- SAT. ¡Estoy lucido! Sólo me faltaba que Felipa se hubiera enterado... ¡Qué horror, era capaz de sacarme los ojos!
(Se va hacia el foro; cuando va á desaparecer sale Felipa de la casa.)

ESCENA XI.

FELIPA y SATURNINO.

- SAT. (Va á salir y se detiene.) (¡Dios mío! ¡Felipa! ¡Me dividió!)
- FEL. Me alegro encontrarte.
- SAT. Me están esperando...
- FEL. Que esperen. Ven acá...
- SAT. (No hay escape.) (Se acerca á ella.)
- FEL. ¿Es verdad que vas á casarte?
- SAT. ¿Yo? (No sabe nada.)
- FEL. ¿Es verdad?

- SAT. No ¡quíá! Pienso estar soltero toda la vida.
 FEL. ¡Cómo! ¿Y yo?
 SAT. No, espera; quise decir que pienso estar soltero hasta que me case...
 FEL. Naturalmente.
 SAT. Hasta que me case contigo. (Estoy dejado de la mano de Dios.)
 FEL. ¡Ah!
 SAT. Pero acaba, que nos van á sorprender y pueden sospechar...
 FEL. Es que tengo que hablar contigo muy despacio.
 SAT. (¡Santísima Trinidad!) Pues mira, déjalo para mejor ocasión.
 FEL. Sí, es cierto; toma esta llave; es la de la puerta chica del jardín; esta noche á las nueve te espero aquí...
 SAT. Bueno, no faltaré; pierde cuidado.
 FEL. Que te espero, y como me chasquees, mañana temprano voy á ver á tu tía y se lo digo todo.
 SAT. ¿Todo?
 FEL. (Con solemnidad.) ¡Todo!.. Con que hasta la noche... (Entra en la casa.)
 SAT. Esto se complica y es preciso venir... Pero, señor, ¿quién me metería á mí á Tenorio doméstico? (Vase.)

ESCENA XII.

GREGORIO.

¡Qué gente! ¡Qué tipos! ¡Y qué trajes! La mayoría ni me han saludado siquiera... Pues ¿y en cuanto ha salido Juan con las bandejas de pasteles? Se han arrojado á ellas como hambrientos... Especialmente dos genizaros de mala catadura no hacen más que correr tras el criado gritando á duo: Juan, una tarta; Juan, una magdalena...

ESCENA XIII.

GREGORIO, JUAN, luégo D. ROQUE.

- ROQ. (Dentro.) Juan, una magdalena...
- GRE. ¡Canastos! Ahí están...
- JUAN. (Con una bandeja.) Vengo huyendo del señor sordo...
- GRE. ¡Ah! ¿Es el sordo?
- JUAN. Porque no va á haber bastantes pasteles *pa* él solo...
- GRE. Sí, corre, corre, y que se lleve chasco ese glotón.
(Sale Juan.) ¡Aquí está!
- ROQ. ¿Sabe usted hacia donde ha ido el criado?
(Gregorio le dice que sí con la cabeza.)
- GRE. (Yo no voy á gritar como Felipa.)
- ROQ. ¿Hacia dónde?
- GRE. (Por señas.) Hacia allí... (Engañándole.)
- ROQ. (Este señor debe ser mudo.) Hay una señora que tiene capricho de comer una magdalena...
- GRE. (¡Mira cómo se disculpa!)
- ROQ. Y aunque son viejas y malas...
- GRE. (¡Habrás insolente!)
- ROQ. Deseo complacerla. (Gregorio vuelve á enseñarle la dirección de antes.) Muchas gracias. (Se va.)
- GRE. Éste no va á la reunión electorál, porque antes de la noche revienta de una indigestión.

ESCENA XIV.

ENRIQUETA y GREGORIO.

- ENR. (Saliendo.) Déjeme usted por favor. (Avanzando.)
¡Jesús, qué hombre! ¡Pues no dice que aunque se lo prohíba ha de venir esta noche á verme! (Ve á Gregorio.) ¡Ah!
- GRE. ¡Cómo, Enriqueta! ¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan agitada? ¡Ah! ¡Ya sé lo que ha pasado!

- ENR. ¿Tú? (¡Dios mío!)
 GRE. Como si lo viera; te ha dado algún disgusto Eduardo.
 ENR. No, hombre, no...

ESCENA XV.

DICHOS y ROQUE, después PILAR y EDUARDO.

- ROQ. Pero ¿dónde se ha metido ese muchacho?
 GRE. Ya tenemos aquí otra vez al sordo: es insaciable.
 ENR. ¿Un sordo?
 GRE. Sí; si te pregunta contéstale por señas, porque es como un guardacantón.
 ROQ. ¿Ha visto usted al criado que lleva los pasteles?
 ENR. (Por señas.) No.
 ROQ. ¿Dónde se habrá metido? (Enriqueta y Gregorio se encogen de hombros.) (¡Caramba! ¡Lástima que también sea muda esta señora, porque es muy bonita!) Quería una (entran Pilar y Eduardo: Enriqueta se une á ellos) magdalena: es un antojo.
 GRE. (¡Caracoles!) (Por señas). ¿De usted?
 ROQ. No, hombre no; de una señora...
 GRE. (Para quien te crea.) (Le hace señas.)
 ROQ. (No le entiendo una palabra...) (Se va.)

ESCENA XVI.

DICHOS, menos ROQUE.

- GRE. (A Eduardo.) Ha abusado usted de mi situación de un modo infame.
 EDU. Don Gregorio, tenemos pendiente un duelo: hasta que se realice no deben mediar entre nosotros explicaciones de ninguna clase.
 ENR. ¿Eh?
 PIL. ¡Dios mío!

- GRE. ¡Cómo! ¿Es usted capaz de quererse batir conmigo?
- EDU. Usted me ha provocado.
- PIL. ¡Eduardo!
- ENR. Pero ¿qué significa esto?
- GRE. Le provoqué á usted creyendo que usted no aceptaría.
- EDU. (Ya vuelve grupas.) Pues estaba usted en un error. ¿Qué armas tira usted?
- GRE. Hombre, yo, por mi gusto, las tiraría todas á mil leguas de distancia... Pero, ¿y dice usted que ama á mi hija?
- EDU. Sí, señor.
- GRE. ¿Y la quiere usted dejar sin padre?
- EDU. Haré lo posible. (Se oye dentro un gran ruido de voces.)
- PIL. ¡Dios mío!
- ENR. ¿Qué será eso?
- GRE. Vamos á ver.

ESCENA XVII.

DICHOS y JUAN, después POLICARPO y SATURNINO.

- JUAN. No, no se asusten *ustés*, que ya se ha *apaciguao* *too*.
- GRE. Pero ¿qué ha ocurrido?
- JUAN. *Naa* que han *pegao* dos *bofetás* de cuello vuelto á don Saturnino...
- EDU. ¡Cuánto me alegro!
- JUAN. Y, naturalmente, se armó un *tremulto*.
- GRE. ¿Quién, quién ha sido? Voy inmediatamente á echarle de mi casa.
- POL. (A Saturnino con quien llega.) Tranquilícese usted.
- SAT. ¡Ay! Creo que me ha saltado el ojo.
- GRE. Pero, ¿qué ha sido eso?
- POL. Nada; cuestiones antiguas; la tía de éste ha ganado un pleito al otro que, con tal motivo, está hecho un Lucifer; hoy ha encontrado por prime-

ra vez después de la sentencia á Saturnino, han vuelto á hablar del asunto, se le subió al hombre la sangre á la cabeza y ¡pif!

SAT. No, no fué ¡pif! sólo, sino ¡pif! ¡paf!

ESCENA XVIII.

DICHOS y ROQUE.

- POL. Ahí está el agresor.
 GRE. (¡El sordo!) (A Policarpo.) Pues me va á oír.
 POL. Moderación, don Gregorio; sin el apoyo de ese hombre no cuente usted con la alcaldía.
 GRE. (¡Otra complicación!)
 ROQ. ¡Botarate! ¡Venir á echarme en cara su victoria!
 GRE. (¡Ah! Por fortuna su sordera me permite quedar bien con los dos.)
 EDU. ¿En qué parará esto? (A Enriqueta y Pilar.)
 (Gregorio toca en el hombro á Roque.)
 ROQ. (¡Vaya el mudo! ¡Pues era lo único que me faltaba!) (Gregorio le hace multitud de señas ridículas.) (Serán muy elocuentes sus ademanes; pero ¡maldito si los entiendo!)
 GRE. (Me parece que le he dado una satisfacción en toda regla.)
 ENR. ¡Por Dios, don Policarpo!
 POL. (A Enriqueta.) Nada; lo dicho; á las nueve de la noche estoy aquí.
 GRE. (Ahora tengo que dejar bien á Saturnino, siquiera para que no se burle Eduardo. Me aprovecharé para el objeto de la sordera de este cafre.) Señores, dos palabras. (Forman un grupo alrededor de Gregorio. Roque solo á la izquierda. Juan en el foro.) Saturnino (bajando la voz), quiero darle á usted una muestra pública de mis simpatías. Ha sido usted víctima de una agresión infame, pero las cosas se deben tomar según de quien vienen... Mire

usted á ese hombre... (aquí que no peco) los ojos inmóviles y sombríos, la boca abierta... ¿no se ve bien claro que esa fisonomía estúpida es la de un imbécil?

ROQ. Caballero, el imbécil y el estúpido lo es usted.

GRE. ¡Cómo! ¿Me ha oído usted?

ROQ. Perfectamente.

GRE. Pero ¿no es usted sordo?

ROQ. No, señor.

GRE. ¡Dios mío!... Juan ¿no me dijiste cuando te perseguía este caballero que era sordo?

JUAN. ¿Yo? Si á mí no me ha perseguido ese caballero, sino don Regino.

GRE. ¡Y yo me confundí! ¡Pues la he hecho buena!

EDU. ¡Tiene gracia!

ROQ. Me ha insultado usted y, aunque aldeano, sé cómo se lava el honor.

GRE. ¿Sabe usted cómo se lava el honor? Pues podría usted hacer una fortuna en Madrid; allí hay muchos honores que lavar.

ROQ. No es la presente hora de burlas; le enviaré á usted mis padrinos.

GRE. ¡Otro duelo!

EDU. Caballero, antes que con nadie tiene usted que batirse conmigo.

ROQ. No lo consentiré.

GRE. ¡Calma! ¡Si se puede conciliar todo! ¿Usted se quiere batir?

EDU. Sí, señor.

GRE. ¿Y usted también?

ROQ. Sí, señor.

GRE. Pues se baten ustedes el uno con el otro, y... ¡todos contentos!

ROQ. ¡Basta de cuchufletas!... Sé lo que tengo que hacer... Hasta mañana.

SAT. ¡Quiá! No se marcha usted.

ROQ. ¿Cómo?

SAT. Yo creo que he perdido el ojo.

- GRE. Pues búsquele usted por el jardín, que allí habrá quedado.
- ROQ. ¿Y qué? (A Saturnino.)
- SAT. Que me tiene usted que indemnizar.
- ROQ. Si; saltándote el otro.
(Se arrojan Roque y Saturnino uno sobre otro. Gregorio quiere separarlos y recibe los golpes de los dos. Gran confusión.)
- GRE. ¡Socorro! ¡Socorro!

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

Descanso de escalera en el primer piso de la casa de Gregorio. En el fondo dos puertas y una ventana en medio. En segundo término, á la derecha, la subida de escalera que conduce al piso superior, y á la izquierda el arranque de la misma que lleva á la planta baja. En primer término dos puertecillas, una á cada lado, que se abren sobre la escena. En el centro un banco cuyo asiento se puede levantar. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FELIPA y JUAN.

- FEL. (Subiendo por la escalera con una luz.) Bien, señora...
¡Mire usted que encender la chimenea á mediados de Abril! Estos madrileños parece que no tienen sangre...
- JUAN. (Que baja del piso superior con unos troncos de leña.)
Aquí está la leña.
- FEL. ¡Pues no bajas poca!
- JUAN. Más vale que sobre...
- FEL. Trae, trae... y eso otro mételo ahí para mañana..
- JUAN. ¿No llevas más que dos troncos?
- FEL. ¡Y son bastantes!... Aunque sino dame otro; el amo va á salir; pondré un tercer tronco para reemplazarle.
- JUAN. ¡Vaya un reemplazo!

- FEL. ¿No dice él mismo que duerme como un tronco? Pues de tronco á tronco no va nada...
- JUAN. Vamos, eres el demonio.
(Ha metido en el banco del centro la leña sobrante y se va á la planta baja.)
- FEL. ¡Ay, qué ganas tengo de dejar de servir! Es necesario que esta noche hable seriamente con Satur-nino. Lo peor es que le he citado en el jardín y llueve á cántaros... ¡Bah! No dejará de venir por eso; conoce la casa perfectamente y á mí todavía mejor que á la casa.
(Entra en el cuarto de Enriqueta, primera lateral derecha.)

ESCENA II.

ENRIQUETA, PILAR y GREGORIO.

Enriqueta y Pilar con luces encendidas.

- GRE. Conque buenas noches, hijas mías, dormid bien y no os inquietéis por mí.
- ENR. Después de lo ocurrido esta tarde ¿cómo quieres que quedemos tranquilas?
- GRE. No seáis tontas. ¿No habéis oído á don Policarpo que ya está arreglado todo?
- PIL. Sin embargo, papá, no te fies.
- GRE. Don Roque se ha dado por satisfecho con mis explicaciones; tanto que, para celebrar la reconciliación, no he tenido más remedio que venderle mi finca de la Costera, de la cual tenía él grandes deseos.
- ENR. ¿Y en cuánto se la has vendido?
- GRE. En seis mil reales.
- ENR. ¡Jesús!... ¿Y cuánto te costó á ti hace un mes?
- GRE. Veinticuatro mil.
- ENR. ¡Has hecho un gran negocio!
- GRE. Créo que le hubiera hecho peor si me bato con él y me mata.
- PIL. Desde luégo.

- GRE. Además, yo le tenía que dar una indemnización por haberle llamado imbécil; ¿ó creéis vosotras que se puede insultar á un hombre gratis?
- ENR. No; pero me parece que don Roque cobra muy caros los insultos.
- GRE. ¡Es que no todos son tan generosos como yo! Si á mí me hubiera valido dieciocho mil reales cada animal que me han llamado, sería hoy el primer capitalista de Europa.
- PIL. ¡Por Dios, papá!...
- GRE. Y de esta vez he aprendido á ser cauto. ¡Cualquier día vuelvo yo á creer en la sordera de nadie!... Pero son cerca de las nueve y me estarán esperando mis electores. Hija mía, tráeme 'el abrigo y el paraguas, porque hace una noche de perros.
(Entra Pilar en el cuarto de Enriqueta.)
- ENR. Por supuesto ¿te acompañará Juan?
- GRE. ¡Quiá! Juan se queda aquí con vosotras. ¿Qué necesidad tengo yo de compañía? Conozco el camino y llevaré mi linterna.
- PIL. Toma, papá. (Abrigo y paraguas.)
- ENR. ¡Ah! ¿Y la llave de la puerta del jardín?
- GRE. La tengo en el bolsillo.
- ENR. Pues no te olvides de dejar cerrado... (Temo que ese hombre se atreva á venir.)
- GRE. No; ¡quiá!
- PIL. ¿Y á qué hora volverás?
- GRE. A las doce próximamente.
- ENR. Encarga á Juan que no suelte el perro hasta que vuelvas, porque no te conoce...
- GRE. Ya lo creo, y podría despedazarme. Con que todo el mundo á la cama y hasta después.
- ENR. ¡Adiós!
- PIL. Hasta mañana.
- GRE. ¡Qué lustre os daréis cuando seáis la mujer y la hija del alcalde! (Se va riendo.)

ESCENA III.

ENRIQUETA, PILAR y FELIPA.

- FEL. Ya está encendida la chimenea.
 ENR. Bueno... pues ea, á acostarnos; buenas noches, hija.
 PIL. Que descanses; hasta mañana.
 ENR. (No creo que venga; pero, por si acaso, no me acostaré tan pronto.) (Entra en su cuarto.)
 PIL. (Yendo al suyo. Foro izquierda.) Adiós, Felipa
 FEL. Señorita, espere usted un instante.
 PIL. ¿Qué quieres?
 FEL. Yo no sé si habré hecho mal, pero...
 PIL. ¿Qué?
 FEL. Don Eduardo, á quien encontré antes, se empeñó tanto que yo... naturalmente..
 PIL. Acaba, mujer.
 FEL. Pues nada, que accedí...
 PIL. ¿A qué?
 FEL. A entregar á usted esta carta.
 PIL. ¡Qué posma! Venga, venga enseguida. (La toma y lee.) «Acabo de saber que tu padre, de acuerdo con la tía de Saturnino, ha señalado día para tu boda con ese estúpido. Es necesario que tomemos inmediatamente nuestras medidas para desbaratar tales proyectos. Necesito hablar contigo. Baja esta noche á las nueve al jardín, donde te esperaré.—*Eduardo...*» ¡Dios mío! ¿Y cómo complacerle con la noche que hace?... No; de seguro dejará la entrevista para mañana...
 FEL. ¿Tiene la señorita algo que mandarme?
 PIL. No; vete á acostar; yo también voy á hacer lo mismo, y gracias por todo.
 FEL. No las merece; hasta mañana...
 (Se va al piso superior.)
 PIL. (Mirando por la ventana.) ¡Qué chaparrón! No; no ven-

drá... ¡Dios mío! Un hombre cruza el jardín... ¡Es él! ¡Ah! Voy á decirle que no suba... (Abre la ventana, se apaga la luz y cierra.) ¡Jesús, qué viento!... Pero yo no debo recibir á Eduardo en este sitio. Voy á cerrar la puerta de abajo...

ESCENA IV.

PILAR y SATURNINO.

- SAT. (¡Vaya una noche!)
- PIL. (Siento pasos; debe de haber subido ya.)
- SAT. (Ahora sólo falta que me sorprendan; por si hay que huir he dejado la puertecilla del jardín abierta.)
- PIL. (Indudablemente es Eduardo). (Se tropiezan.) ¡Ah!
- SAT. ¡Ah!... ¿Eres tú?
- PIL. Sí; yo soy.
- SAT. ¿Me esperabas?
- PIL. No, porque no creí que te atrevieras á venir...
- SAT. (¡Si yo lo sé!)
- PIL. Ven, sentémonos en este banco (se sientan) y, sobre todo, hablemos bajito, muy bajito.
- SAT. Sí, sí; todo lo bajito que quieras.
- PIL. Hace un cuarto de hora le he dicho á mi padre que no me casaré nunca con Saturnino.
- SAT. (¡Santo Dios! No es Felipa... ¡Es Pilar!)
- PIL. Bien conozco que no es gran mérito rechazar á un marido así... No sabes lo bruto que es...
- SAT. Bueno, bueno.
- PIL. Es que para recomendarse más á mis ojos esta tarde ha probado que es un cobarde.
- SAT. (¡Vaya unas flores que me echa!)
- PIL. De modo que por ese gagnápiro no tengas miedo.
- SAT. (¡También gagnápiro!)
- PIL. ¿Qué dices?
- SAT. Pues digo... que aunque Saturnino parece tonto...
- PIL. Sí, ya lo sé; es más de lo que parece.

- SAT. (Me acabó de coronar.)
 PIL. ¡Ah! Oigo ruido... alguien viene... Huye, huye por Dios...
 SAT. ¿Por dónde?
 PIL. Por la escalera.
 SAT. ¿Y quién da con ella á oscuras?
 PIL. ¡Ah! Si no, espera... Métete aquí (en el banco), métete aquí...
 SAT. ¿Dónde?
 PIL. Dentro de este banco... Pronto, que van á llegar.
 SAT. (Metiéndose.) ¡Caramba! Este gabinete debe ser poco cómodo...
 PIL. ¡Silencio! (Entra en su cuarto.)

ESCENA V.

FELIPA Y POLICARPO.

- FEL. Ya se habrán dormido... Han dado las nueve hace rato y Saturnino no debe tardar... Pero le cité en el jardín ¿será tan tonto que esperará en él? No lo creo; pero voy á ver por si acaso...
 (Deja la luz y se asoma á la ventana.—Sube Policarpo la escalera.)
 POL. La puerta del jardín estaba abierta ¿qué mejor prueba de que Enriqueta me facilita la entrada? Ya dije yo que capitularía... ¡Ah! Felipa... ¡Qué contrariedad!... Pues hay que evitar que me vea.
 (Apaga la luz.)
 FEL. ¡Dios mío! ¿Quién anda ahí?... ¿Eres tú, Saturnino?
 POL. (¡Hola! Ésta espera á Saturnino.)
 FEL. Responde, que tengo miedo.
 POL. (Aprovecharé el error.) Sí, yo soy.
 FEL. ¿Y eres tú el que ha apagado la luz?
 POL. No; el viento.
 FEL. Bueno, pues enciende una cerilla.
 POL. (¡Cáspita!) No puedo.
 FEL. ¿Por qué?

- POL. Porque se me han mojado... ¡Como llueve tanto!
- FEL. Bueno; es lo mismo.
- POL. (Menos mal.)
- FEL. Ya creí que no venías; has tardado mucho...
- POL. Esperé á ver si escampaba...
- FEL. Di que eres un ingrato... Un ingrato, sí; lo conozco en todo.
- POL. ¿En todo? (¿Qué todo será ese?)
- FEL. Sí... Ya ves, ni siquiera me has abrazado todavía.
- POL. (¡Hola!) No te veo.
- FEL. Si me tienes á tu lado...
- POL. ¡Ah! Pues... (La abraza.) (Algo se va ganando.)
- FEL. ¿Ves? Me has abrazado por compromiso, con mucha frialdad...
- POL. No, hija, no... (Vamos, es descontentadiza.)
- FEL. En otro tiempo eras mucho más expresivo.
- POL. No, pues lo que es por eso... (La abraza) (No puedo decir que pierdo la noche.)
- FEL. ¡Esto ya es otra cosa! Ahora, júrame que no te casarás con la señorita...
- POL. ¿Yo? (Por lo que se ve, Saturnino es hombre de proyectos vastos.)
- FEL. Sí, júramelo.
- POL. ¡Lo juro!
- FEL. ¡Ah! Me tranquilizas, y en premio de tu amor te convidó á cenar...
- POL. (¡Virgen del Cármen!) No tengo apetito.
- FEL. No importa; comiendo te entrarán ganas.
- POL. No; si á mí comiendo se me quitan.
- FEL. ¿Me vas á dar un desaire?
- POL. No, no. (Esquinazo es lo que te daría.)
(Felipa le lleva de la mano: cuando llegan al pié de la escalera se detienen.)
- FEL. ¡Ah! Espérame un instante.
- POL. ¿Dónde vas?
- FEL. Me falta el postre: voy á buscarle á la despensa.
- POL. Sí, vete, vete. (A ver si puedo yo tomar las de Villadiego, porque esto se complica.)

- FEL. No te muevas, que vuelvo enseguida.
(Entra por la primera puerta izquierda)
- POL. Bueno; ahora es preciso que yo me oriente... La escalera... Está bien... ¡Caracoles! Alguien llega por este lado... Me van á sorprender con la criada... Yo me... (Escalera arriba.)

ESCENA VI.

ENRIQUETA, EDUARDO y SATURNINO.

- ENR. ¿Me habré engañado?... No, no: he visto un hombre desde mi ventana... Don Policarpo sin duda... ¡Ah! Suben por la escalera... ¿Quién va?
- FEL. (Que habrá ido abriendo la puerta poco á poco.) ¡La señora! (Se vuelve.)
- ENR. No contestan... ¿Me habrá engañado mi mismo miedo?
- SAT. (Asomando la cabeza) ¡Ay! Estoy entumecido... Creo que ya no hay nadie... Sí, oigo pasos... ¿Será Felipa?
- EDU. (Entrando.) No cabe duda. Pilar es la que ha puesto la llave en la puertecilla del jardín. ¡Conque me aguarda! pero ¿dónde?
- ENR. Es don Policarpo... (Alto) Caballero...
- EDU. ¡Ah! ¿Estás ahí?...
- ENR. (Y me tutea ¡qué atrevido!)
- EDU. ¿No me respondes?
- SAT. (¿Quiénes serán estos?)
- EDU. Encenderé una cerilla...
- SAT. (¡Demonio! Adentro.) (Se esconde.)
- ENR. No, no; de ninguna manera...
- EDU. ¿Por qué?
- ENR. ¿Quiere usted que le sorprendan aquí mi hija y mi criada?
- EDU. (¿Su hija?... Es Enriqueta...)
- ENR. Don Policarpo, le ruego á usted que se vaya cuanto antes...

- EDU. (¡Don Policarpo! No la creí mujer de tan mal gusto...)
- ENR. Si es usted un caballero, no me comprometa...
- EDU. Así lo deseo... (Afortunadamente no me ha conocido.)
- ENR. ¡Ah! Muchas gracias.
- EDU. Pues adiós, señora...
- ENR. ¡Adiós!... ¡Ah!... ¡Al fin!
- EDU. (Si llega á conocerme. ¡Qué compromiso!... Pero ¿quién se había de figurar que don Policarpo era un Tenorio?) (Se va escalera abajo)
- ENR. ¡Se marchó! Ahora á mi cuarto... y por lo que pueda suceder echaré el cerrojo. (Entra y lo hace.)

ESCENA VII.

FELIPA, SATURNINO, POLICARPO y después EDUARDO.

- SAT. (Asomando) No oigo á nadie: aprovecharé esta ocasión para salir.
- FEL. ¡Se fueron! ¿Con quién hablaría la señora?
- POL. A ver si me escapo de esa maldita criada.
- EDU. He visto un bulto y no he tenido más remedio que volver á subir...
- GRE. (Abajo) Juan, suelta el perro...
- SAT. ¡Jesucristo! (Se esconde.)
- FEL. ¡El señor! (id.)
- POL. ¡Don Gregorio!... ¡Arriba! (Sube.)
- EDU. ¡Es él! ¡Y va á subir!... ¿Dónde me meteré para que no me vea?... Hay que saber dónde estoy... (Enciende una cerilla) Aquí... (Abre el cuarto donde está Felipa.) ¡Cáspita!... Una mujer... ¡Ah! Este banco. (Abre y Saturnino le apaga la cerilla.) ¡Demonio! También está ocupado... ¡Uf! Ya se acerca D. Gregorio... ¡Ah! (Entra segunda derecha.)

ESCENA VIII.

GREGORIO.

(Con una linterna encendida.) ¡Uf, qué noche!... Vengo calado hasta los huesos... Y todo ¿para qué?... Para no conseguir nada... Los electores han dejado dicho que, por temor á la tormenta, se retiraban á sus casas, y he sido yo el único que ha asistido á la reunión... ¡Ni don Policarpo! Verdad que me avisó que estaba enfermo... ¡Cómo ha de ser!... ¡Uf, cómo traigo los pantalones! Claro; me he metido en todas las charcas de las callejas. No, lo que es de empedrado anda mal el pueblo: en este punto debo confesar que le lleva Madrid algunas ventajas... Pero en cambio esta tranquilidad no la hay en la corte... Allí volvería yo á estas horas á casa lleno de sobresalto y temiendo que en mi ausencia hubiese sucedido algo grave... Y aquí, nada, ¡tan satisfecho, seguro de que lo encuentro todo como lo dejé!... No, no; digan lo que quieran, lo que es esta paz no se paga con dinero... Con que voy á sorprender á mi mujercita que no me espera tan pronto.

(Se dirige al cuarto de Enriqueta.)

PIL. (Entreabriendo la puerta de su cuarto.) ¿Estará Eduardo todavía en su escondite?... ¡Ah! ¡Papá!

(Cierra de golpe.)

GRE. ¿Qué es eso? (Después de mirar.) Alguna ráfaga de aire sin duda... Pero Enriqueta ha echado el cerrojo... La pobre ha tenido miedo sola... Llamaré... (Lo hace.) Me debía estar esperando, porque la oigo que viene á abrir...

ENR. (Dentro.) Es inútil que insista usted.

GRE. (¿Qué dice?)

ENR. Y va usted á comprometerme...

GRE. (¡Santo Dios!)

- ENR. Figúrese usted que viene mi marido y le sorprende á usted ahí...
- GRE. (¡Santisima Trinidad!)
- ENR. Hágame usted el favor de retirarse; yo, por mi, no volveré á responderle...
- GRE. ¡Y se aleja!... ¡Y me ha tomado por otro! Pero Virgen Santa, y ese otro ¿quién es?... Yo necesito averiguarlo... Bien; pero ¿cómo?... ¡Ah! Interrogaré á Felipa... Ella lo debe saber ¿como que ha tenido que ser su cómplice!... Voy á buscarla inmediatamente. (Sube con la linterna.)

ESCENA IX.

PILAR, EDUARDO y SATURNINO.

Asoman los tres.

- SAT. A ver si ahora ha quedado el campo libre...
- PIL. Ya se fué papá... ¡Eduardo!
- SAT. ¡Ah, Pilar! Pues no tengo más remedio que contestarla.
- PIL. ¡Eduardo!
- EDU. (Es su voz.)
- SAT. Aquí estoy; donde me dejaste...
- EDU. (¿Eh? ¿Hay otro Eduardo por aquí?) ¡Pilar!
- SAT. (¡Cáspita! Está ahí el Eduardo verdadero.)
- PIL. Pero ¿dónde andas que tan pronto oigo tu voz en un lado como en otro?
- EDU. Ahora lo verás. (Saca cerillas.)
- GRE. (Arriba.) ¡Socorro! ¡Socorro!
- PIL. Huye. (Vase.)
- EDU. Enseguida. (Vase.)
- SAT. Pero ¿qué demonio pasará en esta casa? (Se esconde.)

ESCENA X.

GREGORIO, desenchajado.

He visto á un hombre en el corredor de arriba...
 • Y es claro, ó es un ladrón ó un amante de mi mu-
 jer... Un ladrón de todos modos... ¡Ay! No me atre-
 vo ni á gritar... Si me oye puede que sea capaz
 de venir á matarme... (Se asoma á la escalera y llama
 quedito.) ¡Juan! ¡Juan!

JUAN.

(Abajo.) Mande usted.

GRE.

Sube enseguida. (Se vuelve junto á la puerta primera iz-
 quierda.) Juan ha sido soldado y será valiente. (Fe-
 lipa que abre la puerta le tropieza. Gregorio la cierra con
 precipitación.) ¿Otro? ¿Otro aquí dentro?... ¡Dios mío,
 está la casa llena de ladrones... ó de amantes de
 mi mujer!... No, no; pues lo que es éste no sale...
 (Aprieta fuerte.) ¡Juan! ¡Juan! Si llega á bajar ahora
 el otro...

ESCENA XI.

GREGORIO y JUAN.

JUAN.

¿Qué se le ofrece á usted, señor?

GRE.

Ven, ven acá y habla bajo... En el corredor de
 arriba hay un hombre...

JUAN.

¿Un hombre?

GRE.

Le acabo de ver yo mismo...

JUAN.

¿De veras?

GRE.

Y lo peor es que aquí en este cuarto hay otro...
 (Se separa con rapidez.)

JUAN.

¡Demonio!

GRE.

Con que anda, Juan, hijo mío, entra y registra.

JUAN.

¿Yo?

GRE.

Naturalmente... ¿Quién lo ha de hacer si no?...
 Toma, toma la linterna...

- JUAN. El caso es que sin armas...
- GRE. Por eso no te apures; ten mi cortaplumas. (Los dos revelando muchísimo miedo.) ¡Está bien afilado!
- JUAN. (Se me ponen los pelos de punta.)
- GRE. Anda ¿por qué te detienes?
- JUAN. No; si ya voy, ya voy.
- GRE. Tú has sido soldado ¿verdad?
- JUAN. Sí, señor.
- GRE. De modo que debes de tener valor.
- JUAN. Cuando era soldado... sí le tenía... naturalmente; pero en cuanto que me dieron la licencia...
- GRE. ¿Qué?
- JUAN. Se me perdió.
- GRE. ¿De modo que tienes miedo?
- JUAN. No, miedo... lo que es como miedo... no señor; pero así, un cierto respetillo...
- GRE. Nada, pues mira... (Despertaré su amor propio.) ó abres tú esa puerta ó la abro yo...
- JUAN. Bueno; me conformo; ábrala usted.
- GRE. ¡Cobarde!... Vuélveme el cortaplumas... Mira con qué serenidad voy yo al peligro.
- JUAN. Sí, sí; ya lo veo...
- GRE. ¡Ah! Anda delante.
- JUAN. ¿Yo?
- GRE. Para alumbrar, hombre...
- JUAN. ¡Ah! Pero no; para que vea usted mejor, me pondré á su lado.
- GRE. Bien; es lo mismo... En el nombre del Padre...
- JUAN. Del Hijo y del Espíritu Santo...
- GRE. Amén. (Abre la puerta con resolución y retrocede espantado.) Ahí ves: he abierto la puerta, que era lo difícil: ahora ya no tienes más que entrar.
- JUAN. Pues ahí está el *bulisis*.
- GRE. (Desde lejos) Alumbra...
- JUAN. (Id.) No se ve nada.

ESCENA XII.

DICHOS y FELIPA.

- FEL. No hay más remedio que presentarse.
 GRE. ¡Zambomba!
 JUAN. ¡Muertos somos!
 FEL. ¡Ah! ¿Estaban ustedes aquí?
 GRE. Si es Felipa, majadero...
 JUAN. Sí, sí; es verdad; es Felipa...
 GRE. ¡Miedoso! ¿No te da vergüenza? ¡Me revientan estos hombres cobardes!
 JUAN. (¡Pues mire usted que él!)
- GRE. Pero ¿qué hacías tú ahí á estas horas?
 FEL. Yo... yo... le diré á usted, me sentí indispueta y...
 GRE. Bajaste á la despensa á ver si te aliviabas...
 FEL. Sí, señor...
 JUAN. Sentiría *debiliá* la *probe* y bajó á tomar algo.
 FEL. Eso, eso; justo; sentí debilidad.
 GRE. Sí, siempre me has parecido tu muy débil... Pero ¡caracoles! olvidaba al hombre que he visto arriba....
 JUAN. Es verdad...
 FEL. (Aquí va á descubrirse todo.)
 GRE. Dígame usted ¿qué hace arriba ese hombre?
 FEL. No sé...
 GRE. ¡Mientes!
 FEL. Pero señor, ¿cómo quiere usted que sepa lo que hace si no le veo?
 JUAN. ¡Ah! Ya malicio quien *puee* ser...
 GRE. ¿Tú?
 JUAN. Sí, señor; por lo que me ha dicho Felipa algunas veces ese hombre debe ser...
 GRE. Acaba...
 JUAN. Pues don Saturnino.
 GRE. ¡Saturnino!

- FEL. (Ya no hay más remedio que confesar.)
 GRE. Pero ¿es Saturnino?
 FEL. Sí, señor; él es. (Así le negará la mano de su hija.)
 GRE. Y ahí tienes, y tú le tomabas por un ladrón...
 JUAN. ¿Yo?
 GRE. Sí, tú; y estabas muerto de miedo... ¡Cobarde!
 JUAN. (Nada; que le ha *dao* por ahí.)
 GRE. Pero ¿y á qué ha venido Saturnino?
 FEL. Pues... pues...
 JUAN. Figúrese ustedé...
 GRE. No me lo quiero figurar... Pero hay que desenredar esta madeja. (Va hacia la escalera.) Baje usted, caballero. Ya no hay por qué asustarse... Otro miedoso, por supuesto.
 SAT. (Asomando la cabeza) (¿Todavía? Esto parece una reunión pública.)

ESCENA XIII.

DICHOS y POLICARPO.

- GRE. Baje usted acá...
 POL. Señor don Gregorio...
 GRE. ¡Don Policarpo!
 FÉL. ¡Cómo! ¿No era Saturnino?
 SAT. (¿De dónde saldrá éste?) (Se esconde.)
 POL. ¿Le sorprenderá á usted mi presencia en este sitio?
 GRE. ¡Ya lo creo que me sorprende! ¿Se encuentra usted mejor de su enfermedad?
 POL. Le diré á usted, tenía jaqueca...
 GRE. Sí, justo; tenía usted jaqueca y ha venido á dármela á mi...
 POL. Don Gregorio, usted no sabe lo que es el amor.
 GRE. ¿El amor?
 POL. (¡Ay, me vendí!)
 GRE. Pero qué ¿está usted enamorado de Felipa?

- POL. Sí, señor, sí. (No le voy á decir que lo estoy de su mujer.)
- FEL. ¡Ah! ¡Me ama!
- JUAN. Pero ¡qué suerte tiene esta chica! *Toos* la quieren.
- POL. Felipa es una joven superior á su condición; delicada, inteligente, fina...
- GRE. ¡Y tan fina como es!
- FEL. Muchas gracias.
- POL. De modo que no le chocará á usted que me haya enamorado de ella...
- GRE. No, no señor. (¿Cómo, si también á mí me ha hecho perder el juicio?) Pero me sorprende que haya usted venido á decirselo á estas horas y de tapadillo.
- JUAN. Se conoce que le apuraba...
- POL. Es verdad, sí, señor; me apuraba...
- GRE. Don Policarpo, yo no me mamo el dedo...
- POL. Naturalmente; tiene usted muchos años para entretenerse en esas cosas.
- GRE. Ha querido usted abusar de mi amistad, lo veo claramente, y no he de tolerarlo... Ya sabe usted lo que tiene que hacer...
- POL. Sí, señor; irme á acostar.
- GRE. ¡Efectivamente! (Me parece que no puedo estar más digno.)
- POL. Pues... muy buenas noches... Si usted hiciera el favor de alumbrarme un poquito...
- GRE. Encienda usted cerillas ó baje á oscuras...
- POL. Bien, bien... (No voy á acertar á salir.)
- GRE. ¿Si querrá todavía que le acompañemos hasta la puerta con hachones?
- POL. (Queda muy escamado; me parece que he perdido la partida.) (Vase.)
- GRE. (A Felipa.) En cuanto á tí, que para cubrir tus faltas has calumniado á Saturnino, mañana, en cuanto amanezca, á la calle...
- FEL. Pero si todo esto ha sido una equivocación.
- GRE. ¡Vaya unas equivocaciones, eh, Juan!

- FEL. Verá usted...
- GRE. Ya he visto bastante; es decir, he visto demasiado... ¡A la cama!
- FEL. Pues buenas noches. (¿Cómo había yo de figurarme que me quería don Policarpo?) (Mutis.)

ESCENA XIV.

GREGORIO, JUAN y SATURNINO.

- GRE. Lo que más rabia me da es que un hombre tan feo como ese sea correspondido por una muchacha tan guapota como Felipa...
- JUAN. Lo mismo me pasa á mí...
- GRE. Si se hubiera enamorado de un buen mozo... de mí, por ejemplo...
- JUAN. ¿Cómo?
- GRE. No, no; de ti quise decir, de ti...
- JUAN. ¡Ah!
- GRE. (Pero ¡estoy loco! ¿Pues no pienso en semejantes cosas olvidando lo que me ha ocurrido con Enriqueta? ¡Ah! Es necesario que la interroge inmediatamente.)
- JUAN. ¿Me puedo ir á acostar?
- GRE. Sí, vete; pero no te olvides de cerrar bien todas las puertas... ¡Dios mío! Mira...
- JUAN. Se levanta sola la tapa del banco.
- GRE. ¡Una cabeza!
- SAT. (Escondiéndose precipitadamente.) ¡Caracoles!
- GRE. Ese sí que es un ladrón, Juan...
- JUAN. Ese sí que lo es.
- GRE. Esperaría ahí á que todos estuviésemos dormidos, y entonces saldría, y... ris... ras... (Señalando al cuello.)
- JUAN. ¿Quiere usted que vaya á avisar á la guardia civil?
- GRE. Pero, hombre, si se aloja á tres cuartos de legua de aquí.

- JUAN. Mejor... verá usted qué pronto doy la vuelta...
- GRE. ¡Detente, por Dios, Juan, no me dejes solo!
- JUAN. ¿No decía usted antes que no tenía miedo?
- GRE. Antes no le tenía; pero ahora es distinto.
- JUAN. ¿Y qué hacemos?
- GRE. Mira; vamos hacia allá poco á poco y de puntillas para que no nos oiga... y de repente, y á un tiempo nos sentamos, y ya está cogido en la ratonera.
- JUAN. Bueno; eso está bien; pero ¿nos vamos á estar sentados toda la vida? Porque él, en cuanto nos levantemos sale, y ya se puede usted figurar...
- GRE. Sí, sí; ya me lo figuro... Pero no, porque gritaremos y saldrán las chicas á buscar gente.
- JUAN. Sí, sí; está bien *discurrir*.
- GRE. Pues vamos allá... ¡Ánimo!
- JUAN. No; si no me falta.
- GRE. Cuanto más pronto lleguemos mejor.
- JUAN. Pues corra usted, porque yo no tengo prisa mayormente.
- GRE. Los dos á un tiempo ¿eh?
- JUAN. Sí, señor...
- GRE. ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!
(Se sientan los dos de golpe.)
- SAT. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
- GRE. Se ahoga, se ahoga el tunante. Aprieta bien, Juan.
- JUAN. Ya aprieto, ya...

ESCENA XV.

DICHOS y PILAR.

- PIL. ¡Dios mío! ¿Qué hacen ustedes?... ¡Que le van ustedes á matar...
- GRE. Pues de eso se trata...
- PIL. Levántense ustedes...
- GRE. Pero ¿cómo sabes tú que está aquí?
- PIL. Si le he metido yo...
- GRE. ¡Tú! ¡Tú en connivencia con los ladrones!

- PIL. ¿Qué ladrones? Si es Eduardo...
- GRE. (Levantándose.) ¿Eduardo?
- PIL. Sí, señor.
- GRE. ¡Virgen santa! Hemos cometido un asesinato.
- PIL. Pero levanta, Juan.
- GRE. Oye; si está muerto, ya lo ves, este es el que le ha dado el último golpe.
- JUAN. ¿Yo? ¿Con qué?
- GRE. Con lo que sea. ¿Qué más da? El caso es que le has dado...
- PIL. (Después de abrir el banco.) ¡Eduardo!
- GRE. No contesta; ha fallecido...
- JUAN. ¡Cáscaras!
- GRE. Bruto ¿quién te mandó apretar tanto?
- JUAN. Usted...
- GRE. ¿Y á quién se le ocurre obedecer un mandato así?
- PIL. ¡Eduardo!... ¡Dios mío! No contesta; debe estar muerto.
- SAT. (Levantándose.) No, no, señora; no contesto porque no soy Eduardo...
- PIL. y GRE. ¡Saturnino!
- JUAN. Pero aquí de ninguna parte sale el que ha entrado...
- SAT. Y como no me llamaban ustedes á mí.
- GRE. ¿Qué hacia usted ahí dentro?
- SAT. Pues ya puede usted suponer; distraerme.
- PIL. Pero ¿estaba usted solo?
- GRE. ¡Claro! ¿Pensabas que se había venido á vivir aquí con toda la familia?
- PIL. Pero ¿y Eduardo?
- GRE. Pero qué ¿tambien Eduardo ha venido?
- SAT. No, no señor...
- PIL. ¿Cómo que no? ¡Si ha hablado conmigo hace un cuarto de hora y yo misma le aconsejé que se metiera ahí.
- SAT. Está usted confundida; con quien usted habló antes fué conmigo... Por cierto que me dijo usted unas lindezas...

- PIL. Dije lo que sentía.
- SAT. ¡Muchas gracias!
- GRE. Pero yo no salgo de mi asombro... ¿qué ha venido usted á hacer en mi casa á estas horas?
- SAT. (¿Cómo le digo que me citó Felipa?)
- GRE. Conteste usted categóricamente.
- JUAN. Eso, eso; según su *catigoria*...
- GRE. Calla...
- SAT. Pues yo... usted ya sabe que amo á Pilar... y el amor (Se oye ladrar á un perro, corren todos á la ventana.)
- GRE. ¡Zambomba! ¿Qué le pasa á ese perro?
- JUAN. Mire usted, mire usted; está luchando con un hombre... ¡Turco! ¡Turco!
- GRE. Baja, Juan, baja á escape y salva á ese infeliz... (Sale Juan corriendo.)
- PIL. ¡Dios mío! Acaso sea Eduardo...
- GRE. Si lo supiera de fijo dejaba que el perro le hiciese trizas...
- PIL. ¡Por Dios, papá!

ESCENA XVI.

DICHOS y EDUARDO.

- EDU. Don Gregorio, muchas gracias por la intención...
- GRE. ¿Otro?
- EDU. Pero por esta vez se lleva usted un solemnisimo chasco.
- GRE. Pero Dios mío, ¿esta casa es un casino ó una fonda?
- PIL. ¿No eras tú el que habló antes conmigo?
- EDU. No, yo no...
- GRE. De modo que has andado á oscuras por los pasillos entreteniéndote con todo el que te salía al paso?
- EDU. Ahi tiene usted; ventajas de la vida campestre... En Madrid no hubiera podido hacer eso...
- GRE. Es verdad... ¡Dios mío, qué serie de escándalos y

de iniquidades!... ¡Mi hija recibiendo amantes al por mayor!...

- PIL. ¡Papá!
- GRE. ¡Y mi mujer!... ¡Ah! Lo más horrible es lo que me sucede con mi mujer... Tu falta, después de todo, puede repararse; pero la de Enriqueta ¿cómo se repara?
- PIL. ¿Qué dice?
- EDU. (¡Lo sabe todo!)
- SAT. (Creo que me van á estropear el ojo que me queda sano!)
- GRE. (Llamando á la puerta violentamente.) ¡Enriqueta! . . ¡Se acabaron las contemplaciones!... ¡Enriqueta!
- ENR. (Dentro) Voy, voy enseguida...
- GRE. Sal aquí inmediatamente, sin perder un minuto.

ESCENA XVII.

DICHOS y ENRIQUETA.

- ENR. (Saliendo) ¿Qué pasa?... ¡Ah! ¿Qué hacen aquí estos señores?
- GRE. ¡Lo que no te importa!
- ENR. Gregorio ¿qué significa esto? ¿Qué modo de tratarme es ese?
- GRE. El que usted merece... Oiga usted y muérase de vergüenza .. Hace un rato llamé á esa puerta...
- ENR. ¡Ah! ¿Eras tú?
- GRE. Yo, sí, señora, yo: recuerde usted ahora su respuesta...
- ENR. ¡Virgen Santísima!
- GRE. No, no fué esa: no se acordaba usted entonces de la Virgen... Me dijo usted: «mi marido puede venir y sorprendernos...» el marido era yo... Ahora bien; necesito saber con quién creía usted que hablaba...
- ENR. ¡Ah! Es necesario que te lo confiese todo... Quise evitarte un disgusto...

- GRE. ¡Qué casualidad! Todas las mujeres tratan de evitar esos disgustos á sus maridos.
- ENR. Temí que te comprometieras...
- GRE. Justo; y preferiste comprometerte tú.
- ENR. ¡Basta, Gregorio! Soy una mujer honrada...
- GRE. Pero si lo único que yo deseo es que lo pruebes...
- ENR. No debía necesitarlo; pero oye... Hace tres meses que don Policarpo me galantea...
- GRE. ¡Ah, tunante!
- ENR. Cuando yo se lo llamaba le defendías tú...
- GRE. ¡Es verdad!
- ENR. ¿Y negarás que he hecho todo lo posible porque renunciaras á su amistad?
- GRE. No, no; pero eso no explica...
- ENR. Esta tarde me anunció que, aprovechando tu ausencia, y mal de mi grado, vendría esta noche á verme; y yo, por si lo realizaba, me encerré en mi cuarto; he ahí todo.
- GRE. ¿Y no ha pasado más?
- ENR. Nada más.
- SAT. (Le engaña como á un chino.)

ESCENA XVIII.

DICHOS y JUAN.

- JUAN. Tome ustedé, señor...
- GRE. ¿Qué es eso?
- JUAN. Un *peazo* de la levita de don Policarpo.
- GRE. ¡Ah! ¿Fué á él á quien acometió el perro.
- JUAN. Sí, señor.
- GRE. ¡Noble animal!... Velaba por mi honra...
- JUAN. Le ha *dejao* hecho un San Lázaro, y si no acudo yo le destroza...
- GRE. ¡Cuánto me alegro!
- JUAN. Así que va el hombre furioso; en cuanto le abrí la puerta y se vió en el campo, se volvió *pa* mí y me dijo: dile á tu amo que es un alcornoque...

- GRE. ¿Alcornoque yo?
 JUAN. Y que será alcalde cuando yo sea arzobispo...
 GRE. ¡Canastos! ¡La alcaldía! Es verdad; ya no me acordaba... De modo que me quedo sin vara, sin amigos, sin dinero y con la casa llena de trapiondas....
 EDU. ¡La tranquilidad del campo!
 GRE. ¡Vaya usted al demonio!... Enriqueta, Pilar, á disponer los baules; mañana temprano salimos para Madrid.
 EDU. Eso; y allí nos casaremos Pilar y yo.
 GRE. No, no señor; en ese punto si que no he modificado mis ideas; quiero para yerno un provinciano, un hombre puro que no haya conocido las pasiones... Pilar se casará con Saturnino...

ESCENA XIX.

DICHOS y FELIPA.

- FEL. Eso será lo que tase un sastre.
 SAT. (¡Me dividió!)
 GRE. ¡Cómo! ¿A ti qué te importa?
 FEL. Saturnino me ha dado palabra de matrimonio...
 GRE. ¿A ti?
 FEL. Sí, señor; y entre él y yo han pasado cosas...
 GRE. ¡Silencio!
 EDU. Por eso son buenos los aldeanos, porque llegan á la mayor edad sin haber conocido las pasiones.
 GRE. ¡Basta! Eduardo, en la corte hablaremos... Ni un día más en este pueblo de cafres y de viciosos hipócritas... Estoy convencido; ¡la pacífica y tranquila vida campestre no se puede hacer más que en Madrid!

AL PÚBLICO.

Aquí el juguete acabó;
 Cuanto pude trabajé;
 Con que si no te agradé,
 Responda el autor, no yo.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN TRES ACTOS

Las de Regordete.—Juguete cómico arreglado del francés.

EN DOS ACTOS

De incógnito (1).—Juguete cómico original y en prosa.

Del error á la mentira.—Id. id. id.

Amistad á rédito.—Id. id. id.

EN UN ACTO

Específico moral.—Comedia original y en verso.

Vencer por sorpresa.—Id. id. id.

Al maestro cuchillada.—Id. id. id.

Herir en lo vivo.—Id. id. id.

¡Nicolás!—Id. id. y en prosa.

Entre dos fuegos.—Juguete cómico original y en prosa.

Los amigos de Benito (2).—Id. id. id.

Vestirse de ajeno.—Id. id. id.

El de anoche.—Id. id. id.

Remedio heróico.—Id. id. id.

Crisis total.—Pasillo cómico original y en verso.

Tres al saco.—Juguete cómico-lirico original y en prosa, música del maestro Taboada.

¡Pobre gloria!—Id. id. id., música del maestro Nieto.

Ángeles y Serafines (3).—Id. id. y en verso, música del maestro Taboada.

¡Al baile!—Id. id. y en prosa, música del maestro Taboada.

(1) Con la colaboración del señor Segovia Rocaberti.

(2) Con la colaboración del señor Sánchez Ramón.

(3) Con la colaboración del señor Prieto.

